



Un buen día la Belleza y la Fealdad se encontraron a orillas del mar. Y se dijeron la una a la otra: ¡Démonos un baño! Se despojaron, pues, de sus ropas y se sumergieron en las olas. Al cabo de un rato la Fealdad volvió a salir a la orilla, se puso las ropas de la Belleza y siguió su camino. También la Belleza salió del agua, pero no encontró su vestimenta, y como le disgustaba ir desnuda, se puso los vestidos de la Fealdad y continuó su camino. Y hasta el día de hoy las personas confunden a una con la otra. Hay algunas, sin embargo, que han contemplado el rostro de la Belleza y la reconocen sin prestar atención a sus ropas. Pero existen otras que conocen el semblante de la Fealdad, que el paño no oculta a sus ojos.

Khalil Gibran, *El caminante*, 1923

Prólogo

La belleza en el curso del tiempo

*«La hermosura y las mujeres hermosas
merecen ser alabadas y estimadas por todos,
porque una mujer hermosa es lo más bello que
imaginarse pueda y la belleza constituye el mayor regalo
que Dios ha hecho al género humano.»*

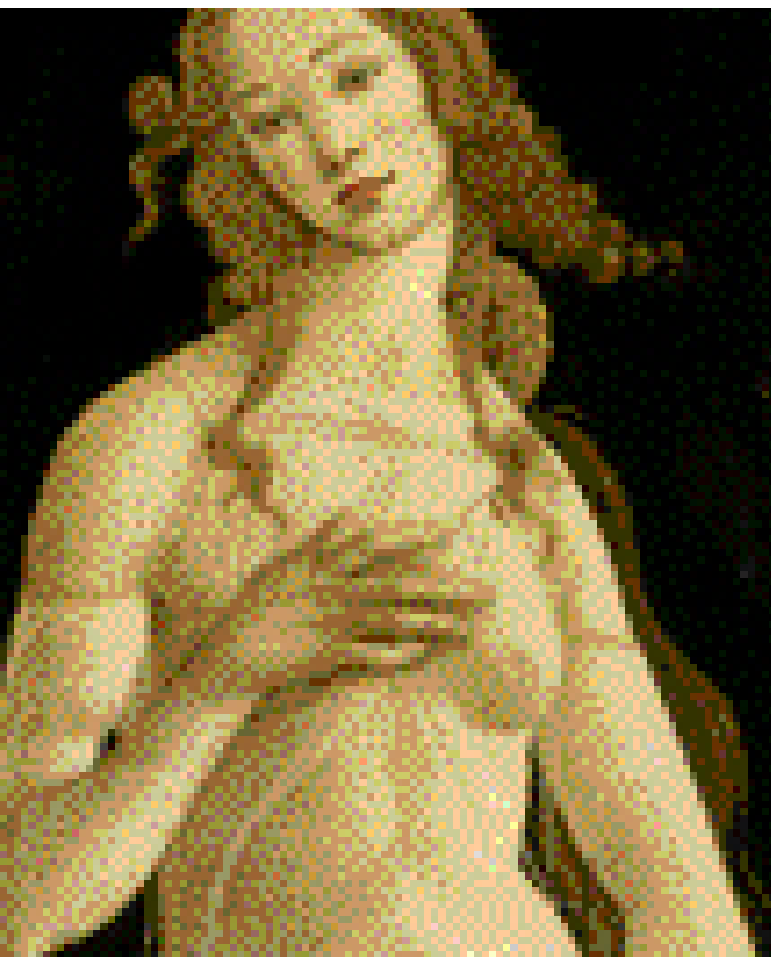
Agnolo Firenzuola

Dialogo della Bellezza delle donne, 1534

La historia de la belleza es la historia de un cambio que refleja el papel que se ha asignado a la mujer en el transcurso del tiempo. Tanto en el entorno grecorromano, como en el judeocristiano y en el islámico, padres y maridos decidían los trabajos que podían desarrollar sus hijas, hermanas y esposas... pero por lo general a estas, en su calidad de esposas serviles y madres paridoras, solo les quedaba el claustro del hogar. En la vida pública, social y política eran lisa y llanamente invisibles; la historiografía, por consiguiente, las ha ignorado. De ahí que resulte tanto más asombroso que existan de ellas numerosos retratos. Ya se trate de mitología, religión, literatura o agitación política, las mujeres merecen la máxima atención en su papel de Venus, María, Beatriz o la Marianne francesa. «Desde la Antigüedad hasta nuestros días la falta de datos concretos y detallados contrasta con la pléthora de cuadros, las mujeres estaban presentes en imágenes antes de ser descritas, antes de que se narrara sobre ellas y antes de que ellas mismas tomaran la palabra», afirma el historiador Georges Duby. Pero

aunque los artistas plasmaban con sumo cuidado sus escenarios pictóricos, estos nos proporcionan datos de la vida cotidiana, de sus ideas sobre la moral y del ideal de belleza de cada época: las mujeres son delgadas o rellenitas, virtuosas o atrevidas, voluptuosas o mojigatas, sumisas o combativas... por mencionar tan solo algunos de sus posibles rasgos.

Pero ¿qué mujeres son bellas y quién decide lo que es bello? Estas simples preguntas no son fáciles de contestar y han inducido a generaciones de filósofos, estetas y artistas a esbozar grandes teorías sobre el ideal y la imitación, lo bello y lo sublime, la belleza natural y el artificio. Todos esos pensadores han intentado describir el fenómeno «belleza» de manera objetiva y universal. Sin embargo, una simple mirada al cuerpo femenino ideal de épocas pasadas demuestra lo efímero y cambiante que es nuestro pensamiento. En opinión de David Hume, filósofo escocés del siglo XVIII, la belleza reside únicamente en el ojo del espectador.



Sandro Botticelli (1445-1510)
Venus, 1482
Turín, Galleria Sabauda

Así pues, la idea de lo bello ¿es un asunto subjetivo en la medida en que uno prefiere a las rubias y otro los cuerpos exuberantes? Solo hipotéticamente, porque nadie es del todo libre en su juicio y en sus preferencias. Por un lado está nuestra herencia evolutiva, profundamente arraigada, que nos hace vincular la belleza a la salud y a la fuerza, y convierte los dientes sanos y blancos y el pelo brillante en prueba de buenos factores hereditarios; la belleza es, en cierto modo, una carta de recomendación de la naturaleza. Por otro, dependemos de las modas cambiantes de la época, de las acuñaciones culturales y de los dogmas religiosos.

Siguiendo esta línea de pensamiento, resultaba atractivo aproximarse al tema de la belleza femenina a partir de pinturas seleccionadas de diferentes épocas.

Los capítulos y cuadros de este libro constituyen una selección subjetiva; no se trataba de alcanzar la totalidad y, a la vista del abundante material, tampoco habría sido posible lograrlo ni siquiera de manera aproximada. Este libro pretende más bien hablar de la belleza de las mujeres, de cuándo y cómo estas —siempre con tremenda alegría, pericia y conocimiento— se maquillaban, peinaban, vestían y cuidaban su cuerpo.

Una cuestión fundamental era el ideal del cuerpo de belleza inmaculada. De hecho la medición corporal se inició hace más de dos mil quinientos años. Los escultores y arquitectos de la Antigüedad describieron en sus escritos y obras de arte el cuerpo ideal, de aspecto atlético y proporciones perfectas. Cada época ha interpretado este ideal de diferente manera, y los cuadros revelan lo que los contemporáneos juzgaban en cada momento un rostro o un cuerpo bello... pero entre una representación medieval de Eva y una tabla renacentista de la Virgen mediaba un abismo.

Si un siglo prefería una belleza espiritual, el siguiente apostaba por una corporalidad visible, manifestando siempre los artistas, así parece, cierta predilección por los traseros opulentos y los pechos espléndidos. Cualquier pretexto les parecía bien para representar a mujeres desnudas. Así, solían utilizarse personajes

Jacob Ferdinand Voet (1639-1700)
Retrato de mujer, hacia 1680
París, Petit Palais, Musée des Beaux-Arts de la Ville de Paris

mitológicos para enseñar más de lo que los guardianes de la moral habrían permitido. Los cuadros que figuran en este libro muestran a matronas con amplios ropajes, mujeres con miriñaque, cuerpos esbeltos con los vestidos sueltos del Imperio, los corpiños del *Biedermeier* y, finalmente, mujeres jóvenes y deportivas en pantalones. Con el siglo xx y la nueva movilidad de la mujer se ha impuesto el ideal moderno de la delgadez. La báscula se ha convertido en el órgano de control más importante, la autodisciplina en el mandamiento supremo, la dieta y la mala conciencia en compañeros fieles. Pero en la carrera por responder a un ideal de belleza reconocido, hoy evidentemente ya no basta con recurrir a las posibilidades tradicionales de control y transformación del cuerpo femenino: con inyecciones y operaciones, el cuerpo femenino ha devenido en objeto de consumo, susceptible de manipulación y de ser preservado supuestamente de los procesos de envejecimiento. En todas las épocas ha habido numerosas mujeres dispuestas a luchar por conseguir una belleza lo más duradera posible.

Mas no solo había que alcanzar un cuerpo inmaculado, sino también una piel lisa y un cabello brillante. Las mujeres comenzaron muy pronto a cuidar su piel y cabello con aceites, ungüentos, leche de burra o de cabra, a perfumarse con fragancias y a lavarse con jabón. Los polvos blanqueaban la piel, el color permitía



resaltar los ojos o enrojecer mejillas y boca. Las recetas de todos estos cosméticos se guardaban celosamente.

Las mujeres patricias o nobles contaban para su cuidado y peinado con peinadoras o sirvientas que les ayudaban a recogerse el cabello, a ondularlo o a teñirlo. El pelo suelto no debía mostrarse, su atractivo erótico era demasiado evidente. Esto afectaba sobre todo a las pelirrojas. En la Edad Media las tildaban de viciosas y de ser un peligro para la comunidad, y en casos extremos incluso de brujas y magas. También se solía representar como pelirrojo a Judas, el traidor. A finales del siglo xix encontramos con frecuencia en los cuadros a mujeres pelirrojas que fueron convertidas en símbolo de *femmes fatales* y seductoras como contrafigura de la honorable mujer burguesa. Los prerrafaelitas o



John Singer Sargent (1856-1925)
Joven javanesa pintándose, 1889
Colección particular

simbolistas mostraban una fantasía desbordante en este asunto, y presentaron a las pelirrojas de cautivadora belleza bajo la figura de Lulú o Salomé como mortalmente peligrosas para los hombres. Hoy las mujeres pelirrojas representan más bien la pasión, la alegría de vivir y la decisión... esto demuestra el cambio de los estereotipos.

Del mismo modo que el color del pelo y los peinados estaban sometidos a modas y atributos cambiantes, también la relación con el maquillaje variaba. Cuando contemplamos los rostros tan empolvados de las damas y caballeros del Rococó y admiramos sus imponentes pelucas y altísimos peinados, sabemos que no se trata de la población trabajadora. Para que la piel pareciera más pálida, y por tanto más distinguida, los labios se pintaban de rojo y se colocaban pequeños y

oscuros lunares postizos. Ya el *Frauenzimmer-Lexicon* (*Diccionario de la mujer*), publicado en el año 1715, describe bajo la entrada «Bálsamo de labios rojos» al predecesor de la barra de labios: «un bálsamo de laca de Florencia, diluido con aguardiente, y mezclado con aceite de nuez moscada, de cinamomo o de naranjas amargas, con el que la mujer intenta infundir un color bello y vivo a sus labios».

La Revolución francesa no solo hizo rodar muchas cabezas que habían portado pelucas empolvadas, sino que además proclamó un nuevo ideal de belleza que apostaba por la naturalidad. Los cosméticos se consideraban enmascaramiento y afectación. La dama ideal del Imperio y del *Biedermeier* posterior tenía, en consecuencia, una piel pálida, casi transparente, sobre la que se aplicaba un leve toque de colorete. Había que resaltar la belleza natural solo con los medios del arte, que incluían también los de la cosmética. Esta actitud de rechazo contra el acto de maquillarse se mitigó claramente a finales del siglo XIX. Por entonces, literatos, dandis y estetas como Charles Baudelaire (*Éloge du maquillage*, 1863) o Max Beerbohm (*A Defence of Cosmetics*, 1894) reconocían en el maquillaje femenino la victoria del arte sobre la naturaleza y la posibilidad de las mujeres de transformarse individualmente, aunque en principio este arte quedó reservado a mujeres galantes, actrices y prostitutas. Después de la Primera

Jean-Auguste-Dominique Ingres (1780-1867)
Mademoiselle Caroline Rivière, 1805
París, Musée du Louvre

Guerra Mundial la mujer maquillada progresó —en la gran ciudad— hasta convertirse en una estampa cotidiana de la modernidad; las representantes de la escena y del cine ejercieron gran influencia en este sentido. Ellas no solo sabían destacar con aplomo su belleza gracias al maquillaje, sino que también eran creadoras de estilo con una innovadora indumentaria de pretensiones eróticas. La mujer urbana maquillada era ahora «la mujer del mañana, tal como la deseamos». En los cuadros de la década de 1920, los artistas nos ofrecen por tanto una nueva feminidad. Ahora la mujer moderna llevaba el pelo a lo *garçon*, fumaba y se pintaba los labios de un rojo intenso.

También la moda de la vestimenta es, al igual que la historia del peinado y del maquillaje, el relato de un cambio. Con la expulsión del Paraíso, la Eva bíblica había puesto fin —casi cabría decir que felizmente— a su estado de eterna desnudez, despertando con ello el gusto por la moda. En todas las épocas se han empleado con preferencia materiales valiosos y nobles, pues estos contribuían a la necesidad de las personas adineradas de definirse y distinguirse por medio del atuendo. En los cuadros renacentistas vemos a damas envueltas en telas de seda maravillosamente trabajadas, de suntuosos bordados, y guarnecidas de perlas. Admiramos finísimos cuellos de encaje, caras pieles de armiño o guantes delicados. En el siglo XVIII se seguían



empleando ingentes cantidades de tela para elaborar las faldas y las enaguas de las damas y las señoritas elegantes. Pero la Revolución francesa también acabó con esta decadencia, porque a partir de entonces se pusieron de moda los vestidos sencillos que evocaban los ropajes de la Antigüedad clásica. Primero desaparecieron los miriñaques y las telas pesadas. Al igual que la piel tenía que parecer transparente, los finos vestiditos se confeccionaban ahora con materiales sutiles como la muselina. Asombrosamente, la crinolina, el miriñaque del Antiguo Régimen, experimentó un renacimiento en la segunda mitad del siglo XIX y fue sustituida más tarde por el polisón, que se colocaba sobre el trasero. Con la industrialización, la moda quedó por fin al alcance de una amplia clase media, y se democratizó en cierto sentido.



Anthony Palumbo (1960)
Going Out, 2010
Filadelfia, Artists' House Gallery

La moda femenina experimentó el último cambio fundamental en la década de 1920. Nuevos materiales, como el punto, facilitaron la libertad de movimientos; vestidos de día hasta la rodilla permitieron por primera vez una mirada a las piernas de la portadora, y con los pantalones cayó el último bastión de la moda. Iconos del estilo como Coco Chanel, Christian Dior o Hubert de Givenchy devolvieron a las mujeres después de la Segunda Guerra Mundial el gusto por la moda. Como es natural, los vestidos de esas casas solo estaban al alcance de las menos, sin embargo los cortes eran admirados y copiados y finalmente pudieron ser confeccionados a base de patrones. Hoy los estilos de décadas pasadas, y a veces incluso de siglos pasados, se citan, mezclan y transforman gracias a la creatividad; las convenciones únicamente desempeñan un papel a lo sumo en la vida profesional. Lo que divierte está permitido.

El último capítulo de este libro lo consagramos a un tema que hoy se vincula con absoluta naturalidad a la belleza: el uso de agua para nuestra higiene corporal, pero también para el mero placer. Un baño caliente o saltar al agua fría de un lago son acontecimientos normales. Pero no siempre fue así. Una mirada a la historia del baño revela que en Europa las personas renunciaron a bañarse durante siglos. Si en la Edad Media aún era habitual acudir a baños públicos para disfrutar de baños de vapor o de agua o del efecto curativo de los baños de sudor, en el siglo xvi el baño se tornó impopular. Por una parte, el clero consideraba una decadencia moral la asistencia conjunta de ambos sexos a las casas de baños. Por otra, en los siglos xvi y xvii se impuso la idea de que el ser humano se componía de capas que lo envolvían en las que podía penetrar el agua, debilitando los órganos. Se dedujo que no había que exponerse a semejante peligro.

Pero ¿cómo se limpiaba uno sin agua? La gente elegante se frotaba con paños secos y se vestía con ropa interior limpia. De todos modos, la muda diaria de la ropa interior aún tardó tiempo en generalizarse. Para ocultar los olores desagradables se utilizaban los polvos, que al mismo tiempo ejercían un efecto perfumador. No obstante, ya en el siglo xviii surgieron las primeras dudas sobre si los polvos, al obturar los poros, no podrían provocar un envenenamiento corporal.

Félicien Rops (1833-1898)
La ducha, hacia 1880
Namur, Musée Félicien Rops

Cuando con la moda más ligera del Imperio se volvió a reclamar mayor naturalidad, las nuevas ideas sobre la higiene desembocaron en un lento redescubrimiento del baño. En 1871 los hermanos Pétier abogaban en Francia por las conducciones de agua y celebraban la posibilidad de disponer de «agua salubre». En un principio, los primeros cuartos de baño los instalaron las familias distinguidas, pero hacia 1900 ya había bañeras y estufas también en hogares más sencillos. Las pinturas que aparecen en este libro demuestran cómo se ha transformado nuestro concepto de la limpieza y con ella el de la belleza, desde el aseo en seco, pasando por la modernización del cuarto de baño, hasta llegar al chapuzón en las olas o en la piscina.

Las mujeres han considerado importante ser bellas en todas las épocas, y según su posición social y su patrimonio han dedicado mucho tiempo y dinero a incrementar su belleza y conservarla el mayor tiempo posible. Pero no solo las impulsó a ello la coquetería, la locura por la moda o la esperanza de aumentar sus posibilidades en el mercado del amor y de las pasiones, sino en igual medida el placer por la propia belleza que no necesita miradas ajenas para sentirse complacida. Esto se ha mantenido así hasta la actualidad. Las imágenes reunidas en este libro hablan de ello. Las creaciones artísticas que se incluyen aquí, en las que se torna visible el debate por las proporciones



corporales, el culto al cabello, la cosmética, la moda y la cultura del baño, amén del continuo cambio de los ideales de belleza, permiten que todas las mujeres que no se consideren totalmente perfectas puedan sentir una alegre indiferencia.